



EL BUCANERO DEL REY

Traducción:
Ainara Echaniz Olaizola



RAYMOND E. FEIST



Agradecimientos

Esta obra no existiría de no ser por las fecundas imaginaciones de los «nocturnos de los jueves» originales, a los que siguieron los «nocturnos de los viernes». Steve A., April, Jon, Anita, Rich, Ethan, Dave, Tim, Lori, Jeff, Steve B., Conan, Bob, y las demás docenas que se han reunido con nosotros a lo largo de los años y que le dieron a Midkemia una calidad y una riqueza que ningún autor podría haber imaginado en solitario.

Gracias a Janny Wurts por permitirme aprender de ella mientras trabajamos juntos durante casi siete años. Y a Don Maitz, por su visión, arte y maestría, y por apoyar las elecciones de Janny.

A lo largo de los años he trabajado con diversos editores en Doubleday and Grafton, ahora HarperCollins. Gracias especiales a Jana Silverstein de Bantam Doubleday Dell por encargarse de todo, y a Jane Jonson y Malcolm Edwards de HarperCollins por seguir el trabajo donde sus predecesores lo habían dejado, sin perder el ritmo. También a todos los que he nombrado con anterioridad, de ambas editoriales; algunos metidos ahora en otros asuntos, pero nunca olvidados. Desde ventas y *marketing*, hasta publicidad y promoción, y a aquellos que simplemente leen los libros y dicen cosas bonitas sobre ellos a sus compañeros de trabajo; a todos vosotros, gracias. Muchos de vosotros habéis trabajado duro y más duro aun para que toda mi obra tenga éxito. Me gustaría agradecer también a algunas personas que nunca he mencionado antes: Tres Anderson y su equipo, Bob y Phylis Weinberg, y Rudy Clark y su gente, que hicieron mucho más que vender libros; crearon entusiasmo y ayudaron a que mi trabajo llamara la atención de la multitud desde el principio.









PRÓLOGO

REUNIÓN



Ghuda se estiró.

A través de una puerta situada detrás de él llegó una voz de mujer.

—¡Largo de aquí!

El ex mercenario se reclinó en su silla en el porche de la posada y apoyó los pies en la barandilla. De fondo podía oír que comenzaba la serenata habitual de todas las tardes. Mientras los viajeros ricos se alojaban en los grandes hoteles de la ciudad o en posadas que parecían palacios a lo largo de las playas plateadas, la posada del Yelmo Abollado, propiedad de Ghuda Bulé, atendía a una clientela más ruda: conductores de caravanas, mercenarios, granjeros que traían sus cosechas a la ciudad y soldados rurales.

—¡Voy a tener que llamar a los guardias! —gritó la mujer desde el interior de la sala común.

Ghuda era un hombre grande, pero había descubierto que llevar la posada era un trabajo tan duro que le mantenía en forma, y todavía conservaba sus armas perfectamente afiladas. Más veces de las que quería recordar había tenido que sacar a algún cliente a patadas por la puerta.

Las tardes, justo antes de cenar, eran su momento favorito del día. Sentado en su silla, podía ver ponerse el sol sobre la bahía de Elarial, la luz deslumbrante del día apagándose y convirtiéndose en una suave luminiscencia que coloreaba los blancos edificios de naranjas y dorados. Era uno de los pocos placeres que se reservaba para sí mismo en una vida tan ajetreada como la suya. Un gran estropicio sonó desde dentro del edificio, y Ghuda resistió el impulso de entrar a investigar. Su mujer se encargaría de hacerle saber si necesitaba que interviniera.

—¡Largo de aquí! ¡Llevaos la pelea a la calle!

Ghuda desenfundó una daga, una de las dos que habitualmente colgaban de su cinturón, y empezó a sacarle brillo distraídamente. Se escuchó el ruido de la loza al romperse en el interior de la posada. Le siguió inmediatamente un grito de mujer y, después, el sonido de unos puños golpeando un cuerpo se unieron a él.

Ghuda vio cómo el sol se ponía mientras sacaba brillo a su daga. A sus casi sesenta años, su rostro era como un viejo mapa de cuero que mostraba los años pasados protegiendo caravanas, luchando y viviendo bajo los efectos del mal tiempo, la mala comida y el mal vino; y dominado por una nariz rota muchas veces. Ya casi no le quedaba pelo en la parte de arriba de la cabeza, y solo contaba con una cortina de cabello gris que le llegaba hasta los hombros y que nacía a medio camino entre la coronilla y las orejas. No es lo que se decía un hombre guapo, pero sin embargo tenía algo, una franqueza tranquila y directa que hacía que cayera bien a la gente y que confiaran en él.

Ghuda dejó que su mirada recorriera la bahía. Reflejos plateados y rojos del atardecer brillaban sobre las aguas esmeraldas, mientras las gaviotas graznaban y se lanzaban a por su cena. El calor del día había desaparecido dejando paso a una leve y fresca brisa que llegaba desde la bahía, cargada con el gusto de la sal marina; y por un momento, se preguntó si la vida podía ser mejor para alguien de tan bajo linaje como él. Entonces, mientras entornaba los ojos para mirar el resplandor del sol que ya tocaba la línea del horizonte, una figura apareció por el oeste, caminando carretera abajo en dirección hacia la pequeña posada.

Al principio no era más que una mancha negra contra el brillo del sol poniente, pero pronto adquirió detalle. Algo en aquella figura hizo que Ghuda sintiera una picazón en lo más profundo de su cerebro, y fijó su mirada en aquel extraño cuando pudo observarlo claramente. Un hombre esbelto y patizambo, que vestía una vieja y polvorienta túnica azul sujeta en un hombro, se acercaba. Era un isalaní, un ciudadano de Isalan, una de las naciones que se situaba al sur dentro del Imperio del Gran Kesh. Sobre un hombro llevaba un viejo morral negro y usaba un largo palo como bastón para caminar.

Cuando el hombre estuvo lo suficientemente cerca como para que se le pudiera identificar claramente, Ghuda elevó una oración silenciosa.

—Dioses, él no.

Un agudo grito de lamento surgió del interior del edificio mientras Ghuda se ponía en pie. El hombre llegó al porche y se descolgó el morral. Una fina pelusa le cubría su, por otra parte, calva cabeza; y un rostro que se asemejaba al de un buitre observaba solemne a Ghuda. Después, se iluminó con una gran sonrisa y sus ojos negros se convirtieron en estrechas rendijas. Mientras sonreía a Ghuda, abrió la bolsa polvorienta.

—¿Quieres una naranja? —dijo en un tono grave y familiar.

Metió la mano en la bolsa y sacó dos naranjas enormes.

Ghuda cogió la fruta que se le ofrecía.

—Nakor, en nombre de los Siete Infiernos Subterráneos, ¿qué haces aquí? —replicó.

Nakor el Isalaní, tahúr ocasional, tímido, mago en cierto sentido de la palabra, y un loco indudable a juicio de Ghuda, había sido compañero del ex mercenario. Nueve años atrás habían coincidido en un viaje junto con un joven vagabundo que había convencido a Ghuda (Nakor no había necesitado persuasión, para viajar hasta la Ciudad de Kesh) al corazón del asesinato, la política y las conspiraciones. El vagabundo resultó ser el príncipe Borric, heredero del trono del reino de las Islas, y Ghuda había terminado el trabajo con oro suficiente como para viajar y encontrar esa posada, a la viuda del anterior propietario, y los atardeceres más gloriosos que había visto nunca. Deseaba no tener que hacer un viaje como aquel nunca más. Ahora, con el corazón en un puño, se estaba dando cuenta de que ese deseo era inútil.

—He venido a buscarte —dijo el hombrecillo patizambo.

Ghuda se sentó de nuevo en su silla a la vez que una jarra de cerveza salía volando por la puerta. Nakor la esquivó con facilidad.

—Tienes una buena montada ahí dentro. ¿Conductores de caravanas? —preguntó.

Ghuda negó con la cabeza.

—No tengo huéspedes esta noche. Esos son los siete hijos de mi mujer destrozando la sala común, como siempre.

Nakor dejó caer su bolsa y se sentó en la barandilla.

—Bien, dame algo para comer —dijo—. Después, nos pondremos en marcha.

—¿Hacia dónde? —preguntó Ghuda mientras volvía a ocuparse de su daga.

—Kronдор.

Ghuda cerró los ojos durante unos segundos. La única persona que ambos conocían en Kronдор era el príncipe Borric.

—Bajo ningún concepto voy a decir que lleve una vida perfecta, Nakor, pero estoy satisfecho. Prefiero quedarme aquí. Ahora, vete.

El hombrecillo mordió su naranja, arrancó un gran trozo de piel y la escupió. Mordió con ganas la fruta y sorbió ruidosamente. Se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¿Satisfecho con esto? —preguntó.

Señaló la oscura entrada de la posada a través de la cual se oía el griterío de un niño por encima de los ruidos y los destrozos.

—Bueno, a veces es una vida dura, pero en muy pocas ocasiones sucede que alguien intente matarme; sé dónde voy a dormir cada noche, como bien y me baño con regularidad. Mi mujer es cariñosa, y los niños... —dijo Ghuda. Otro grito infantil acompañado del llanto histérico de otro niño. Mirando a Nakor, Ghuda preguntó—: Sé que voy a lamentar haberte preguntado esto pero, ¿por qué tenemos que ir a Kronдор?

—Para ver a un hombre —dijo Nakor mientras se reclinaba en la barandilla y colocaba un pie detrás del poste para mantener el equilibrio.

—Siempre he dicho que tienes una cosa buena, Nakor, y es que nunca matarás de aburrimiento a nadie con detalles innecesarios. ¿Qué hombre?

—No lo sé. Lo sabremos cuando lleguemos.

Ghuda hizo un gesto.

—La última vez que te vi, ibas hacia el norte desde la Ciudad de Kesh, camino de aquella isla de los magos, Stardock. Vestías una capa gris y una túnica azul magníficamente tejida, tu caballo era un negro semental del desierto que valía lo menos el sueldo de un año, y tenías la bolsa llena de oro de la emperatriz.

Nakor se encogió de hombros.

—El caballo comió alguna mala hierba, cogió un cólico y murió. —Tocó la sucia y rota túnica azul que vestía—. La magnífica capa no dejaba de engancharse en todo, así que la tiré. Y la túnica todavía la llevo encima. Las mangas eran demasiado largas, así que las corté. Y por abajo no dejaba de tropezarme con ella, así que también le hice un arreglo con mi daga.

Ghuda observó el desastrado aspecto de su antiguo compañero.

—Podías permitirte acudir a un sastre —observó.

—Estaba demasiado ocupado. —Miró el cielo turquesa, atravesado de nubes rosadas y grises—. Me gasté todo el dinero y me aburrí de Stardock. Decidí ir a Krondor.

Ghuda sintió que perdía el control en el momento en que dijo:

—La última vez que consulté un mapa, ir de Stardock a Krondor pasando por Elarial era dar un buen rodeo.

Nakor se encogió de hombros.

—Tenía que encontrarte. Así que volví a Kesh. Dijiste que quizá fueras a Jandowae, así que allí fui. Allí me dijeron que habías ido a Fáfara, así que allí fui. Y después te seguí a Draconi, a Caralyan, y aquí.

—Pareces muy decidido a encontrarme.

Nakor se inclinó hacia delante y su voz cambió. Ghuda lo había oído hablar en ese tono antes, y sabía que lo que fuera a decir era muy importante.

—Grandes cosas, Ghuda. No me preguntes por qué, no lo sé. Digamos que, a veces, veo cosas. Tienes que venir conmigo. Vamos a sitios que ningún hombre en Kesh ha conocido nunca. Así que coge tu espada y tu equipaje y ven conmigo. Hay una caravana que sale mañana hacia Durbin. Te he conseguido un trabajo como guardia; muchos aún recuerdan a Ghuda Bulé. En Durbin podremos encontrar un barco que nos lleve a Krondor. Tenemos que llegar cuanto antes.

—¿Por qué debería escucharte? —preguntó Ghuda.

Nakor sonrió y su voz volvió a su tono normal, entre bromista y entusiasta.

—Porque te aburres, ¿no es cierto?

Ghuda oyó al más joven de sus hijos adoptivos llorar a causa de alguna ofensa infligida por alguno de sus seis hermanos.

—Bueno, no es como si aquí no ocurriera nada... —dijo. Otro grito—. Esto no es pacífico, precisamente.

—Venga. Dile adiós a tu mujer y vámonos.

Ghuda se levantó con un sentimiento mezcla de resignación y expectación.

—Será mejor que vayas al caravasar y me esperes allí —dijo volviéndose hacia el hombrecillo—. Tengo que explicarle algunas cosas a mi mujer.

—¿Te has casado? —preguntó Nakor.

—Parece ser que nunca encontramos el momento apropiado —comentó Ghuda.

Nakor sonrió.

—Entonces dale un poco de oro, si te queda algo, y dile que volverás. Después, te vas. En menos de un mes tendrá a otro hombre sentado en esa silla y ocupando tu sitio en su cama.

Ghuda se quedó parado delante de la puerta durante unos segundos, observando cómo la luz del sol desaparecía poco a poco.

—Voy a echar de menos estas puestas de sol, Nakor —dijo por fin.

El isalaní siguió sonriendo mientras saltaba para bajarse de la barandilla. Recogió su bolsa y se la colgó.

—Las puestas de sol existen también sobre otros océanos, Ghuda. Poderosos paisajes y grandes maravillas aguardan a que los descubramos.

Sin decir una sola palabra más, volvió a la carretera que iba hacia la ciudad de Elarial y empezó a caminar.

Ghuda Bulé entró en la sala común de la posada que había llamado su hogar durante casi siete años, y se preguntó si volvería a traspasar aquella puerta alguna otra vez.



DECISIÓN



El vigía señaló.

—¡Barco justo delante!

—¿Qué? —gritó Amos Trask, almirante de la flota del príncipe de la Armada del Reino.

El práctico del puerto estaba de pie junto al almirante guiando el buque insignia del príncipe de Krondor, el *Dragón Real*, hacia los muelles de palacio.

—¡Hazles señales! —gritó a su ayudante que estaba en la proa.

El ayudante del práctico, un joven de aspecto avinagrado, respondió a gritos:

—¡Han izado el estandarte real!

Amos Trask echó a correr de forma muy poco ceremoniosa. A pesar de ser un hombre con cuerpo de tonel, cuello de toro y ya pasados los sesenta años de edad, se apresuró a llegar a proa con el paso seguro de quien ha pasado casi toda su vida en la mar. Después de navegar con el buque insignia del príncipe Arutha a y desde Krondor durante casi veinte años, podía atracarlo con los ojos cerrados; pero la costumbre exigía que el práctico del puerto estuviera presente en la maniobra. A Amos no le gustaba ceder el mando de su barco a nadie, y mucho menos a un burócrata tan rígido y tan desagradable como aquel miembro de la oficina del práctico del puerto real. Amos sospechaba que la segunda exigencia para formar parte de aquel equipo era tener una personalidad reprobable. La primera parecía ser el estar casado con una de las numerosas hijas o hermanas del práctico jefe.

Amos llegó a proa y miró hacia delante. Sus ojos oscuros se estrecharon y observaron la escena que se desarrollaba un poco más abajo. Mientras el barco se deslizaba hacia el muelle, un pequeño velero de no más de quince metros de

eslora estaba intentando pasar por la pequeña abertura que había delante de él. Torpemente amarrada al mástil había una bandera, una versión reducida de la enseña naval del príncipe de Krondor. Dos jóvenes trabajaban frenéticos en las velas y el timón, uno intentando mantener una línea lo más recta posible hacia el muelle, mientras el otro recogía el foque. Los dos se reían ante la improvisada carrera.

—¡Nicholas! —gritó Amos cuando el joven que se ocupaba del foque lo saludó con la mano—. ¡Idiota! ¡Os dejaremos sin viento! ¡Virad! —El muchacho al timón se volvió para mirar a Amos y le mostró una sonrisa insolente—. Tenía que haberme dado cuenta —dijo Amos al ayudante del práctico. Al muchacho que sonreía, Amos le gritó—: ¡Harry! ¡Estás loco! —Miró hacia atrás y vio que recogían las últimas velas. Amos comentó—: Estamos costeando hacia los muelles, no tenemos espacio para virar si queremos hacerlo y, decididamente, no podemos detenernos.

Todos los barcos que llegaban a Krondor tenían que fondear en medio del puerto, a la espera de las lanchas que los remolcarían hasta los muelles. Amos era el único con autoridad suficiente como para intimidar al práctico y obtener permiso para izar velas en el momento apropiado y costear hasta los muelles. Se enorgullecía de alcanzar siempre el sitio adecuado para lanzar los amarres, sin haber chocado nunca contra los muelles, y sin haber necesitado nunca que lo remolcaran. Había costeado aquella porción de tierra cientos de veces a lo largo de veinte años, pero nunca lo había hecho con un par de muchachos dementes jugando delante de su barco. Miró el pequeño velero, que reducía la velocidad de manera alarmante.

—Dime, Lawrence —dijo—, ¿qué se siente al ser el hombre que, a pesar de ir situado en proa, va a hundir y a ahogar al hijo pequeño del príncipe de Krondor?

El color desapareció del rostro del ayudante del práctico mientras miraba el pequeño velero. Con voz aguda empezó a gritar a los muchachos que se quitaran de en medio.

Amos dio la espalda a la escena que se desarrollaba más abajo y negó con la cabeza mientras se apoyaba contra la baranda. Pasó una mano por su calva y los cabellos grises que la rodeaban, antes oscuros y rizados, ahora sujetos en una coleta de marinero. Después de unos instantes tratando de ignorar lo que estaba sucediendo, Amos se rindió. Se dio la vuelta y se inclinó hacia delante y hacia la derecha, de modo que pudiera ver más allá del bauprés. Debajo, Nicholas se inclinaba sobre un remo, con un brazo firmemente agarrado a la base del mástil, y el remo bien sujeto en la proa del barco. Estaba aterrorizado. Amos pudo oír a Nicholas que gritaba.

—¡Harry! ¡Será mejor que te dirijas al puerto!

Amos asintió en silenciosa aprobación porque si Harry viraba hacia el puerto, el pequeño velero se alejaría ligeramente del pesado barco. Quizá

resultara sacudido e, incluso, inundado, pero al menos los muchachos sobrevivirían. Pero si repentinamente derivaban hacia estribor, el velero se vería atrapado entre el casco del barco y las rocas del muelle, que iba acercándose a gran velocidad.

—¡El príncipe está esquivándonos! —dijo Lawrence, el ayudante del práctico.

—¡Ja! —Amos negó con la cabeza—. Querrás decir que nos está dejando que les empujemos hacia el muelle. ¡Harry! ¡Hacia el puerto! —gritó haciendo bocina colocando las manos alrededor de la boca.

El joven escudero lanzó un maníaco grito de alegría como toda respuesta mientras luchaba con el timón para mantener el velero en línea recta con la proa del barco.

—Como mantener una pelota en equilibrio sobre la hoja de una espada. —Amos suspiró. Podía deducir por la velocidad del barco y su situación que ya estaban listos para lanzar los amarres. Dio la espalda a los muchachos una vez más.

Desde abajo llegaban los sonidos de los gritos de alborozo y excitación de Harry al ver que el barco empujaba al pequeño velero y navegaban juntos.

—El príncipe mantiene el velero justo delante de nosotros. Le está costando, pero lo ha conseguido —dijo Lawrence.

Amos dio las órdenes.

—¡Listos los amarres de proa! ¡Listos los amarres de popa! —Los marineros situados cerca de la proa y de la popa se apresuraron a preparar los cabos para lanzarlos a los trabajadores del muelle que esperaban abajo.

—¡Almirante! —dijo Lawrence muy excitado.

Amos cerró los ojos.

—No quiero oírlo.

—¡Almirante! ¡Han perdido el control! ¡Están derivando a estribor!

—He dicho que no quiero oírlo —repitió Amos. Se volvió hacia el ayudante del práctico, que estaba de pie delante de él con una expresión de pánico mientras oía cómo el pequeño velero era aplastado al verse atrapado entre el barco y el muelle. Los gritos de los hombres en el muelle se unieron al crujido de la madera y de las tablas al partirse.

—No ha sido culpa mía —dijo el ayudante del práctico.

Una sonrisa muy poco amistosa asomó entre la barba plateada y gris de Amos.

—Testificaré eso en tu juicio —dijo—. Ahora, ordena que lancen los amarres o harás que nos estrellemos contra el muelle. —Al ver que sus palabras no hacían mella en el hombre, Amos gritó—: ¡Lanzad los amarres de proa!

Un segundo después, el práctico dio la misma orden para los amarres de popa, y los cabos fueron a parar a manos de los que esperaban en el muelle. El barco había perdido todo su empuje y, cuando echaron los amarres, se detuvo inmediatamente.

—¡Asegurad todos los amarres! ¡Colocad la pasarela! —gritó Amos.

Girándose hacia el muelle, miró hacia abajo, hacia el agua agitada entre el barco y el muelle. Veía burbujas entre los maderos que flotaban, los cabos y los restos de las velas.

—¡Lanzad un cabo a esos idiotas que están nadando ahí abajo antes de que se ahoguen! —gritó a los trabajadores del muelle.

Para cuando Amos abandonó el barco, los dos jóvenes, empapados, habían subido ya al muelle. Amos llegó hasta ellos y los observó.

Nicholas, el hijo más joven del príncipe de Kronдор, esperaba de pie con todo su peso inclinado ligeramente hacia la derecha. Su bota izquierda tenía un tacón más alto para compensar el pie deforme con el que había nacido. A pesar de eso, Nicholas era un muchacho de diecisiete años esbelto y bien constituido. Se parecía a su padre, con sus facciones angulares y su pelo negro, pero carecía de la intensidad del príncipe Arutha; aunque podían competir en rapidez. Tenía el temperamento tranquilo de su madre, y su misma actitud tierna, lo que hacía que sus ojos se distinguieran claramente de los de su padre, aunque fueran del mismo marrón oscuro. En aquel momento, tenía aspecto de estar profundamente avergonzado.

Su compañero era harina de otro costal. Henry, conocido en la corte como Harry a causa de su padre, el conde de Ludland, que también se llamaba Henry; sonreía como si toda aquella broma no hubiera tenido nada que ver con él. Tenía la misma edad que Nicholas, pero le sacaba media cabeza. Su pelo era rojo y rizado, su cara rubicunda, y estaba muy bien considerado entre las jóvenes de la corte. Era un joven divertido que a menudo daba rienda suelta a su carácter aventurero, y muchas veces sus ganas de pasarlo bien lo llevaban más allá de los límites considerados de sentido común por el resto del mundo. La mayoría de esas veces, Nicholas cruzaba esos límites con él. Harry pasó una mano por su mojado cabello y rió.

—¿De qué te ríes? —preguntó Amos.

—Siento lo del velero, almirante —respondió el escudero—, pero si hubiera visto la cara del ayudante del práctico...

Amos frunció el ceño ante la respuesta, pero enseguida se echó a reír sin poder evitarlo.

—La he visto. Una visión digna de contemplarse. —Abrió sus grandes brazos de par en par y Nicholas le dio un fuerte abrazo.

—Me alegro de que hayas vuelto, Amos. Siento que te hayas perdido la fiesta del Solsticio de Verano —dijo Nicholas.

Amos se separó del príncipe con un disgusto exagerado.

—¡Bah! Estás todo mojado. Ahora voy a tener que ir a cambiarme antes de presentarme ante tu padre.

Los tres comenzaron a caminar en dirección al muelle cercano al palacio.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Nicholas.

—Las cosas están tranquilas. Barcos mercantes de la Costa Lejana, Kesh y Queg, y el tráfico usual desde las Ciudades Libres. Ha sido un año pacífico.

—Estábamos deseando escuchar historias sobre tus aventuras —dijo Harry. Su tono era ligeramente burlón.

Amos le dio una colleja con la palma de la mano.

—Yo te daré aventura, loco. ¿Qué te creías que estabas haciendo, eh?

Harry se frotó la parte de atrás de la cabeza e intentó mostrar un gesto de arrepentimiento.

—Teníamos preferencia de paso.

—¡Preferencia de paso! —dijo Amos, deteniéndose sin dar crédito—. En puerto abierto, quizá, con espacio suficiente para maniobrar, pero la «preferencia de paso» no se aplica cuando estás situado delante de un barco de guerra de tres mástiles, sin espacio para virar ni manera alguna de detenerte. —Sacudió la cabeza mientras reanudaba el paseo hacia el palacio—. ¿Qué hacíais fuera, en la bahía, a estas horas? Tenía entendido que estaríais estudiando.

—El prelado Graham está reunido con padre —respondió Nicholas—. Así que salimos a pescar.

—¿Y habéis cogido algo?

Harry sonrió.

—El pez más grande que haya visto nunca, almirante.

—Dirás que es el más grande porque lo has devuelto a la bahía —respondió Amos con una carcajada.

—No hemos pescado nada de lo que sea digno hablar —replicó Nicholas.

—Bien, acompañadme y poneos ropa menos húmeda. Voy a asearme, y luego me presentaré ante tu padre —dijo Amos.

—¿Estarás en la cena? —preguntó el joven príncipe.

—Supongo.

—Bien. La abuela está en Krondor.

El rostro de Amos se iluminó al recibir la noticia.

—Entonces seguro que estaré allí.

Nicholas le mostró a Amos esa sonrisa torcida que era la viva imagen de su padre.

—Dudo que alguien piense que sea una coincidencia que la abuela haya decidido visitar a madre justo a tiempo para estar aquí a tu regreso.

Amos simplemente sonrió.

—Es por mi encanto sin límites. —Después de dar dos collejas amables a cada muchacho, añadió—: ¡Ahora, marchad! Tengo que informar al duque Geoffrey, y luego iré a mis habitaciones para ponerme algo más presentable y bajar a cenar con... tu padre. —Le guiñó el ojo a Nicholas y se marchó silbando una melodía desconocida.

Nicholas y Harry caminaron deprisa, con los calcetines chapoteando dentro de las botas, hacia los aposentos del príncipe. Harry tenía una pequeña

habitación cerca de la de Nicholas, ya que era oficialmente el escudero del príncipe.

El palacio del príncipe en Krondor estaba situado frente a la bahía, y antiguamente había sido un bastión defensivo del mar Amargo. Los muelles reales estaban separados del resto del puerto por un brazo de mar protegido por las murallas de palacio. Nicholas y Harry atajaron por la playa y se acercaron al palacio desde el agua.

El palacio se alzaba majestuoso encima de una colina, su silueta recortada contra el cielo del atardecer, con toda una serie de estancias y salas nuevas en torno al conjunto original, que todavía seguía siendo el corazón del complejo. Resultaba difícil apartar la vista del antiguo fortín, rodeado por torres y agujas añadidas en los últimos milenios, un recordatorio de tiempos pasados, cuando el mundo era un lugar mucho más peligroso.

Nicholas y Harry abrieron la pesada puerta de metal que daba acceso al puerto a los que trabajaban en la cocina. La acritud de los olores del puerto: pescado, salmuera y alquitrán, dio paso a aromas más apetecibles según se acercaban a la cocina. Los muchachos pasaron deprisa por delante de la lavandería y la tahona, atravesaron un pequeño huerto y tomaron una escalera de bajos escalones de piedra, cruzando por entre las casas de los sirvientes.

Se acercaron a la entrada de la servidumbre que daba a los apartamentos privados de la familia real, deseando no encontrarse por casualidad con ningún miembro del personal del príncipe Arutha o, más concretamente, con el príncipe en persona.

Llegaron a las puertas más cercanas a sus habitaciones, las que usaba el servicio. Nicholas las abrió justo en el momento en el que un par de muchachas de la servidumbre se acercaban con fardos de sábanas listos para llevar a la lavandería de detrás de palacio. Se hizo a un lado por respeto a sus pesadas cargas, a pesar de que su rango le daba preferencia. Harry sonrió a las muchachas, apenas un par de años mayores que él; era su versión de una sonrisa seductora. Una de las chicas rió tontamente, y la otra le dedicó una mirada como la de alguien que hubiera encontrado una rata en la despensa.

Mientras las dos criadas se alejaban, conscientes de su efecto en los dos adolescentes, Harry sonrió.

—Me desea —dijo.

Nicholas le dio un empujón que le hizo cruzar la puerta a trompicones.

—Sí, tanto como yo deseo una diarrea. Sigue soñando —replicó.

Se apresuraron a subir las escaleras hacia sus habitaciones.

—No, en serio —insistió Harry—. Me desea. Lo disimula, pero yo lo sé.

—Harry, el terror de la chicas. Encierra a tus hijas, Krondor —bromeó Nicholas.

Los brillantes rayos de sol de la tarde ya habían desaparecido, y el pasillo estaba en penumbra. Al final del corredor tomaron unas escaleras que los

sacaron del ala de la servidumbre y los condujeron a los apartamentos de la familia real. Al llegar arriba, entornaron la puerta y miraron con cautela. Al ver vía libre, los dos muchachos se apresuraron hacia sus respectivas habitaciones, situadas en medio del pasillo que partía de la puerta del servicio. Entre aquella puerta y las de ellos, colgaba un espejo.

—Menos mal que padre no nos ha pillado —comentó Nicholas al ver su reflejo.

Nicholas entró en sus habitaciones, dos estancias grandes con armarios enormes y baño privado, para que no tuviera que abandonar sus aposentos para aliviarse. Rápidamente se quitó las ropas mojadas y se secó. Se giró y vio su imagen reflejada en un gran espejo, un artículo de lujo de inmenso valor, ya que estaba fabricado con cristal plateado importado de Kesh. Su cuerpo, el de un niño camino de convertirse en un hombre, mostraba torso y hombros amplios, y ya tenía el vello corporal de un hombre, así como la necesidad de afeitarse diariamente. Pero su rostro era todavía el de un niño, y carecía de esas características que solo el tiempo sabe aportar.

Cuando terminó de secarse, miró su pie izquierdo como lo había hecho todos los días de su vida. Una bola de carne con pequeñas protuberancias que deberían haber sido dedos se extendía en el extremo de su, por otra parte, bien formada pierna izquierda. El pie había sido objeto de consultas médicas y mágicas desde su nacimiento, pero se resistía a cualquier intento de curación. Aunque no tenía menos sensibilidad que en el pie derecho, a Nicholas le resultaba difícil controlarlo: los músculos estaban erróneamente conectados a los huesos, y tenían el tamaño equivocado, de modo que no podía realizar las tareas que la naturaleza adjudicaba a un pie. Como la mayoría de la gente que padecía un mal de por vida, Nicholas ya casi no era consciente de él. Tan solo caminaba con una ligera cojera. Era un espadachín excelente, quizá tanto como su padre, que estaba entre los mejores de la Región Occidental. El maestro de esgrima de palacio le consideraba incluso mejor espadachín de lo que sus dos hermanos mayores habían sido a su edad. Podía bailar, como requerían sus obligaciones, al ser hijo del gobernador de la Región Occidental; lo único que no podía superar era la terrible sensación de que, de alguna manera, era inferior a lo que debería haber sido.

Nicholas era un joven de habla suave, reflexivo, que prefería la soledad de la biblioteca de su padre a las actividades más ruidosas que llevaban a cabo los jóvenes de su edad. Era un nadador excelente, un jinete excepcional y un buen arquero, además de ser un buen espadachín; pero toda su vida se había sentido deficiente. De vez en cuando lo asaltaba una ligera sensación de fracaso y un tremendo sentimiento de culpa, y muchas veces pensamientos amargos inundaban su mente. En compañía, era un joven alegre que disfrutaba de las bromas tanto como cualquier otro joven; pero en soledad, Nicholas sentía que su mente se llenaba de preocupación. Esa era una de las razones por las que Harry había venido a Krondor.

Mientras se vestía, Nicholas meneó la cabeza. El escudero Harry, su compañero durante el último año, había dado un vuelco total a la vida solitaria de Nicholas, arrastrando al príncipe de una estúpida empresa a otra. La vida de Nicholas se había vuelto más excitante desde la llegada del hijo mediano del conde de Ludland. Dado su rango y sus dos competitivos hermanos, Harry era beligerante y daba por supuesto que todo el mundo debía obedecerlo, sin apenas observar la diferencia de rango que había entre él y Nicholas. Solamente una orden concreta podía hacer recordar a Harry que Nicholas no era un hermano pequeño al que dar órdenes. Debido a la actitud dominante de Harry, la corte del príncipe era el único sitio al que su padre podría haber enviado a Harry para aprender a dominarse antes de que llegara a convertirse en un tirano.

Nicholas se peinó el pelo mojado que le llegaba hasta el cuello, cortado al estilo del de su padre. Secándolo con una toalla según lo iba peinando volvió a adquirir un aspecto más o menos presentable. Envidiaba los rizos rojizos de Harry. Se los secaba rápidamente con una toalla, se los peinaba un poco, y ya estaba listo.

Nicholas juzgó que estaba todo lo presentable que podía estar, dadas las circunstancias, y abandonó su habitación. Salió al pasillo justo a tiempo para descubrir a Harry, vestido y listo, intentando retrasar a otra joven sirvienta que le sacaba muchos años, y que iba camino de cumplir algún recado.

Harry iba vestido de verde y marrón con el uniforme de un escudero de palacio, lo que en teoría indicaba que formaba parte del personal del administrador real, pero en unas semanas se las había arreglado para que lo asignaran a la compañía de Nicholas. Los dos hermanos mayores de Nicholas, Borric y Erland, habían sido enviados a la corte del rey en Rillanon hacía cinco años para prepararse para el día en el que Borric heredaría la corona de las Islas de su tío. El único hijo del rey Lyam se había ahogado quince años atrás, y Arutha y el rey habían decidido que si Arutha sobrevivía a su hermano mayor, Borric gobernaría. La hermana de Nicholas, Elena, se había casado hacía poco con el hijo mayor del duque de Ran, dejando el palacio vacío y sin nadie del rango apropiado para hacer compañía al joven príncipe; hasta que el padre de Harry decidió mandar a su hijo.

Nicholas se aclaró la garganta ruidosamente y llamó la atención de Harry lo suficiente como para que la joven criada pudiera escapar. Antes de marcharse hizo una cortés reverencia al príncipe, rematada por una agradecida sonrisa.

Nicholas la vio huir.

—Harry, tienes que dejar de utilizar tu rango para aprovecharte de las chicas del servicio —reprochó a su amigo.

—No me estaba aprovechando... —empezó a decir Harry.

—No te estaba dando una opinión —dijo Nicholas severamente.

Muy pocas veces empleaba su autoridad para dar órdenes a Harry, pero en las raras ocasiones en las que lo hacía, Harry sabía que era mejor no discutir;

especialmente si su tono sonaba como el del príncipe Arutha, un claro signo de que Nicholas no estaba bromeando. El escudero se encogió de hombros.

—Bien. Todavía falta una hora hasta la cena. ¿Qué hacemos?

—Trabajar en la historia que vamos a contar, supongo.

—¿Qué historia? —preguntó Harry.

—La que le vamos a contar a papá para explicar por qué mi velero está flotando hecho pedazos en medio del puerto.

Harry miró a Nicholas con una sonrisa, muy seguro de sí mismo.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo.

—¿Que no lo visteis? —dijo el príncipe de Krondor mientras observaba a su hijo pequeño y al escudero de Ludland—. ¿Cómo puede ser que no vierais el buque de guerra más grande de la flota krondoriana cuando estaba a menos de treinta metros! —Arutha, príncipe de Krondor, hermano del rey de las Islas, y el segundo hombre más poderoso del Reino, observó a los dos muchachos con una mirada de disgusto que los jóvenes habían llegado a conocer muy bien. Arutha era un hombre delgado, un líder tranquilo pero fuerte que raramente mostraba sus emociones salvo a las personas más cercanas a él: familia y antiguos amigos. Sus sutiles cambios de humor eran muy fáciles de leer. Y en ese momento, no estaba contento.

Nicholas se volvió hacia su cómplice.

—Buena historia, Harry —susurró secamente—. Obviamente has dedicado mucho tiempo a inventarla.

Arutha se volvió hacia su mujer, su desagrado dando paso a la resignación. La princesa Anita contempló a su hijo con una mirada de reproche mitigada por la diversión. Estaba disgustada por la actitud estúpida de los muchachos, pero el gesto de inocencia descarado y sin malicia de Harry era muy gracioso. A pesar de que ya había pasado los cuarenta años de edad, todavía había un aire infantil en la risa de la reina, que ella intentaba mantener a raya. Su pelo rojo tenía vetas grises, y su rostro pecoso mostraba las señales de toda una vida dedicada al servicio de la nación; pero sus ojos eran limpios y alegres mientras miraban con afecto a su hijo menor.

La cena era informal, y pocos funcionarios de la corte estaban presentes. Siempre que fuera posible, Arutha prefería mantener cierta informalidad en su corte, y cuando era necesario soportaba en silencio la pompa. La larga mesa del apartamento real podía acoger a media docena de invitados más de los que estaban cenando aquella noche. Mientras que el gran salón de Krondor alojaba la mayoría de los trofeos de batallas de la Región Occidental, así como las banderas de estado, el comedor de la familia no mostraba ni un solo recuerdo de esas guerras, y estaba decorado con retratos de gobernantes pasados y paisajes de singular belleza.

Arutha estaba sentado a la cabeza de la mesa, con Anita a su derecha. Geoffrey, duque de Krondor y administrador principal de Arutha, estaba sentado en su sitio habitual, a la izquierda del príncipe. Geoffrey era un hombre tranquilo y amable, muy bien considerado por el personal de palacio y un administrador muy capaz. Había servido diez años en la corte del rey antes de venir a Krondor hacía ya ocho años.

Junto a él se sentaba el prelado Graham, obispo de la Orden de Dala, Escudo de los Débiles, uno de los consejeros actuales de Arutha. El maestro, amable pero firme, quería asegurarse de que Nicholas, como sus hermanos antes que él, se convirtiera en un hombre de amplia educación, con conocimientos tanto de arte y literatura, música y teatro, como de economía, historia y teoría militar. Estaba sentado al lado de Nicholas y Harry, y a juzgar por la expresión de su rostro, la historia de Harry no le parecía divertida en absoluto. Cuando los jóvenes habían sido excusados de las clases mientras él se reunía con el príncipe, el prelado había esperado que sus alumnos dedicaran las horas a estudiar, y no a chocar su velero contra los buques de guerra del puerto.

Enfrente de los dos jóvenes se sentaban la madre de Anita y Amos Trask. El almirante y la princesa Alicia llevaban años inmersos en una relación de lo más curiosa y que, según se rumoreaba en la corte, era algo más íntima que un simple flirteo. A Alicia, una mujer aún bella y de la misma edad que Amos, se la veía radiante ante las atenciones del almirante. El parecido de Anita con su madre estaba claro, aunque el otrora cabello rojo de Alicia era ahora gris y su rostro mostraba el paso del tiempo. Pero cuando Amos contaba algún chiste en voz baja para hacerla sonrojar, sus ojos brillaban y una risa avergonzada la hacía parecer una niña otra vez.

Amos estrechó la mano de Alicia mientras le susurraba algo al oído, probablemente algo subido de tono, y la princesa viuda rió escudada detrás de su servilleta. Anita sonrió al verlo, ya que recordaba lo mal que lo había pasado su madre tras la muerte de su padre, y lo bien recibida que había sido la presencia de Amos tras la guerra de la Fractura. Anita se alegraba siempre de ver feliz a su madre, y nadie salvo Amos podía hacerla reír así.

A la izquierda del almirante se sentaba el agregado militar, William, caballero mariscal de Krondor, un primo de la familia. El primo Willie, como lo llamaba todo el mundo en la familia, guiñó un ojo a los dos muchachos. Llevaba veinte años sirviendo en palacio, y durante todo ese tiempo había visto a los hermanos mayores de Nicholas, Borric y Erland, descubrir todas las formas posibles de provocar la ira de su padre. Nicholas era nuevo en hacer que su padre perdiera los papeles. William cogió una rebanada de pan.

—Brillante estrategia, escudero —dijo—. No hay necesidad de recordar engorrosos detalles.

Nicholas intentó parecer lo suficientemente compungido, pero no pudo. Rápidamente cortó un trozo de cordero y se lo metió en la boca para

evitar echarse a reír. Miró a Harry, que escondía su regocijo tras una copa de vino.

—Vamos a tener que pensar en un castigo adecuado para vosotros dos. Algo que os haga comprender el valor del barco y de vuestras vidas —dijo Arutha.

Harry sonrió a Nicholas desde detrás de la copa. Los dos muchachos sabían que tenían un cincuenta por ciento de posibilidades de que Arutha olvidara imponer el castigo si la presión de los asuntos de palacio era muy fuerte, como siempre solía ser.

El príncipe era el segundo hombre más ocupado del reino, después del propio rey, a quien seguía muy de cerca. La Región Occidental era, de hecho, un territorio independiente gobernado desde Kronдор, en el que lo único que dictaba la corte del rey Lyam era la política exterior. A lo largo de un día, Arutha solía reunirse con dos docenas de nobles importantes, comerciantes y enviados, y solía leer media docena de documentos importantes. También entraba dentro de sus obligaciones aprobar cualquier decisión regional que tuviera que ver con el principado.

Un joven vestido con la librea púrpura y amarilla de los pajes de palacio entró en la estancia y caminó hasta llegar a la altura del codo del real maestro de ceremonias, el barón Jerome. Susurró algo al oído del barón, que enseguida se volvió hacia Arutha.

—Señor, hay dos hombres en la entrada de palacio que solicitan audiencia.

Arutha sabía que tendría que ser algo especial para que el sargento de guardia les hubiera dejado pasar hasta el ayudante real y para que este hubiera decidido molestar al príncipe.

—¿Quiénes son? —preguntó Arutha.

—Dicen ser amigos del príncipe Borric.

Las cejas de Arutha se arquearon ligeramente.

—¿Amigos de Borric? —Miró a su esposa, y luego preguntó—: ¿Tienen nombre?

—Dicen llamarse Ghuda Bulé y Nakor el Isalaní —dijo el maestro de ceremonias. Jerome, un hombre rígido para el que la dignidad y la pompa eran tan esenciales como el aire y el agua, se las arregló para evitar que su disgusto saliera a relucir cuando dijo—: Son keshianos, señor.

Arutha todavía estaba intentando entender qué era todo aquello cuando Nicholas lo interrumpió.

—¡Padre! ¡Son los que ayudaron a Borric a escapar cuando fue capturado por los tratantes de esclavos en Kesh! Te acuerdas de que nos habló de ellos, ¿verdad?

Arutha parpadeó y los recuerdos vinieron a él.

—Por supuesto. —Y dijo a Jerome—: Hazlos pasar.

Jerome mandó al paje a que diera la orden en la entrada del palacio, y Harry se volvió hacia Nicholas.

—¿Tratantes de esclavos?

—Es una larga historia, pero mi hermano viajó a Kesh como enviado hace unos nueve años —contó Nicholas—. Unos invasores lo capturaron sin saber que pertenecía a la casa real de las Islas. Escapó, consiguió llegar hasta la emperatriz y le salvó la vida. Y esos son los hombres que lo ayudaron.

Todo el mundo observaba expectante la puerta cuando el paje entró seguido de un par de hombres sucios y desarrapados. El más alto era claramente un guerrero a juzgar por sus ropas: una vieja armadura de cuero maltratado y un yelmo abollado, una larga espada de dos manos colgaba en su espalda, y llevaba una daga a cada lado de sus caderas. Su compañero, patizambo, tenía una expresión de placer sorprendentemente infantil y una sonrisa fascinante, aunque no se podía decir que el hombre fuera atractivo.

Avanzaron hasta la mesa e hicieron una reverencia: el guerrero con rigidez y tímidamente; el hombrecillo con un estilo descuidado y despreocupado.

Arutha se levantó.

—Bienvenidos —dijo.

Nakor se dedicó a observar cada detalle de la estancia, perdido en sus pensamientos, así que tras unos instantes, Ghuda intervino.

—Sentimos molestarte, alteza, pero él... —señaló a Nakor con el pulgar— insistió. —Hablaba con cierto acento y buscaba con cuidado sus palabras.

—Está bien —dijo Arutha.

Nakor por fin centró su atención en Arutha y lo estudió durante unos instantes.

—Tu hijo Borric no se parece a ti —dijo.

Los ojos de Arutha se agrandaron ante la frase directa del visitante y su falta de etiqueta, pero asintió. Después, el isalaní miró a la princesa y volvió a sonreír, una sonrisa rápida mostrando unos dientes torcidos que le dio un aspecto aún más cómico.

—Tú eres su madre, sin embargo. Se parece a ti. Eres muy bella, princesa —añadió.

Anita rió y miró a su marido.

—Gracias, señor —respondió.

Nakor hizo un gesto con la mano.

—Llámame Nakor. Una vez fui Nakor el Jinete Azul, pero mi caballo murió. —Miró a su alrededor, deteniendo sus ojos en Nicholas. Su rostro perdió la sonrisa mientras estudiaba al muchacho. Contempló a Nicholas hasta que resultó incómodo, luego sonrió otra vez.

—¡Este es como tú!

Arutha estaba tan sorprendido que no encontraba las palabras, pero al final consiguió decir:

—¿Puedo preguntar que os trae aquí? Sois bienvenidos puesto que le hicisteis un buen servicio a mi hijo y al Reino, pero... han pasado nueve años.

—Ojalá pudiera decirlo, señor —respondió Ghuda—. Llevo viajando con este loco un mes, y lo único que he sacado en claro es que teníamos que venir aquí para verle, y luego partir en otro viaje. —Nakor volvía a estar inmerso en su propio mundo, aparentemente ensimismado por el brillo de los candelabros y las luces danzantes que se reflejaban en el gran ventanal situado detrás de la silla de la princesa. Ghuda soportó otro momento de incómodo silencio.

—Lo siento, alteza. No deberíamos haberle molestado —dijo por fin.

Arutha podía ver la clara incomodidad del viejo guerrero.

—No. Soy yo el que lo siente. —Observando el atuendo sucio y gastado del hombre, añadió—: Por favor. Debéis descansar. Haré que os preparen unas habitaciones, así podréis daros un baño y descansar toda la noche. Pediré que os proporcionen ropa limpia. Después, por la mañana, quizá pueda ayudaros en la misión que os traéis entre manos.

Ghuda hizo un saludo extraño, sin estar muy seguro de qué responder.

—¿Habéis cenado ya? —preguntó Arutha. Ghuda miró la mesa llena de manjares y Arutha añadió—: Sentaos, aquí. —Señaló un par de sillas cerca del caballero mariscal William.

Nakor salió de su ensoñación al oír hablar de comida y se apresuró a ocupar la mencionada silla con muy poca ceremonia. Esperó que los sirvientes pusieran un plato lleno de comida y una copa de vino ante él, y empezó a comer como un muerto de hambre.

Ghuda intentó comportarse tan correctamente como pudo, pero estaba claro que se sentía incómodo en presencia de la realeza. Amos dijo algo en una lengua extraña, y el isalaní se rió.

—Tu acento es terrible. Pero el chiste tenía gracia —dijo en la lengua del rey.

Amos también rió.

—Yo creía que hablaba bastante bien la lengua de Isalan —dijo. Se encogió de hombros—. Hace ya casi treinta años desde que estuve por última vez en Shing Lai; supongo que he perdido práctica. —Volvió de nuevo su atención hacia la madre de la princesa de Krondor.

Arutha se sentó. Se perdió en sus propios pensamientos. Había algo en la apariencia de aquellos dos, el viejo guerrero cansado y el personaje cómico de los que le habían hablado sus hijos, que le causaba cierto malestar; como si la estancia se hubiera enfriado de golpe. ¿Una premonición? Intentó quitarse de encima esa sensación, pero no pudo. Ordenó a los sirvientes que recogieran su plato, ya que había perdido el apetito.

Después de la cena, Arutha paseó por la terraza que daba al puerto. Detrás de las puertas cerradas, los criados estaban atareados preparando las habitaciones de los apartamentos de la familia real. Amos Trask salió y caminó hasta donde estaba Arutha, mirando las luces del puerto cercano.

—¿Has requerido mi presencia, Arutha?

Arutha se volvió.

—Sí. Necesito tu consejo —respondió.

—Dime.

—¿Qué le pasa a Nicholas?

La expresión de Amos dejó claro que no entendía la pregunta.

—Creo que no entiendo lo que quieres decir.

—No es como otros chicos de su edad.

—¿El pie?

—No lo creo. Hay algo en él...

—Que es prudente —dijo Amos.

—Sí. Por eso soy reticente a castigarlos a él y a Harry por lo de esta tarde. Es una de las pocas veces en las que le he visto correr un riesgo.

Amos suspiró mientras se apoyaba en la baranda.

—La verdad es que no me he parado a pensar en eso, Arutha. Nicky es un buen chico; no como su hermanos, problemáticos y siempre gastando bromas.

—Borric y Erland eran tan rebeldes que di la bienvenida a la tranquilidad de Nicholas. Pero ahora se está convirtiendo en indecisión y exceso de cautela. Y eso es peligroso en un gobernante.

—Tú y yo hemos pasado mucho juntos, Arutha —dijo Amos—. Te conozco desde hace... ¿veinticinco años? Siempre te preocupas demasiado por los que amas. Nicky es un buen chico, y será un buen hombre.

—No lo sé —fue la sorprendente respuesta—. Sé que no tiene un solo ápice de mezquindad o maldad en él. Uno puede encontrar el equilibrio entre la cautela y la imprudencia, pero Nicholas es cauto siempre. Va a ser importante para nosotros.

—¿Otro matrimonio?

Arutha asintió.

—Esto no puede salir de aquí, Amos. El emperador Diiagái me ha hecho saber que sería posible estrechar lazos con el Reino. El matrimonio de Borric con la princesa Yasmine fue un paso en esa dirección, pero la gente del desierto es una raza leal a Kesh. Diiagái cree que es hora de que se celebre un matrimonio con una princesa de sangre pura.

Amos sacudió la cabeza.

—Los matrimonios de estado son un asunto feo.

—Kesh siempre ha sido la mayor amenaza para el Reino, a excepción de la guerra de la Fractura, y tenemos que tratarlos con delicadeza —explicó Arutha—. Si el emperador de Kesh tiene una sobrina o una prima de sangre pura que acceda a casarse con el hermano del futuro rey de las Islas, será mejor que estemos muy seguros de poder defendernos dentro de nuestras fronteras antes de decir que no.

—Nicky no es el único candidato, ¿verdad?

—No. Están los dos hijos de Carline, pero Nicholas es el más apropiado. Si yo diera mi aprobación.

Amos se mantuvo en silencio durante unos instantes.

—Es joven todavía.

—Y parece más joven de lo que es. Es culpa mía...

—Como siempre —interrumpió Amos con una risotada.

—... Por ser tan protector. Su pie deforme... Su naturaleza dulce...

Amos asintió y guardó silencio de nuevo.

—Hazlo espabilar —dijo por fin.

—¿Cómo? ¿Le mando con los Barones de las Fronteras como hice con sus hermanos?

—Eso quizá sea demasiado, creo —dijo Amos atusándose la barba—. No, estaba pensando en que quizás hagas bien si lo mandas a la corte de Martin durante una temporada. —Arutha no dijo nada, pero por la expresión de su rostro, Amos podía adivinar que su idea había sido bien recibida.

—Crydee —dijo Arutha suavemente—. Sería un hogar diferente para él.

—A Lyam y a ti os vino bien, y Martin se ocupará de que el chico esté a salvo sin mimarlo demasiado. Por aquí nadie se atreve a levantarle la voz, o una mano, al «hijo tullido del príncipe». —Los ojos de Arutha relampaguearon al escuchar el término, pero no dijo nada—. Manda instrucciones a Martin, y se encargará de que Nicholas no utilice su pie malo como excusa para todo. El príncipe Marcus es más o menos de su edad y de la de Harry, así que si también mandas a ese alborotador, ya serán dos compañeros de casi su mismo rango que serán más duros de lo que Nicholas está acostumbrado. Quizá pueda gobernarlos, pero no podrá intimidarlos. La Costa Lejana no tiene nada que ver con Highcastle o el Paso de Hierro, pero no está tan civilizada como para que Nicholas no pueda endurecerse un poco.

—Tendré que convencer a Anita —dijo Arutha.

—Lo entenderá, Arutha —dijo Amos con una risita—. No creo que tengas que esforzarte demasiado. Por mucho que quiera proteger a su niño, verá la necesidad.

—Niño. ¿Te das cuenta de que yo solo tenía tres años más que él cuando me hice cargo de la guarnición de mi padre?

—Yo estaba allí. Lo recuerdo. —Puso su mano sobre el hombro de Arutha, y dijo—: Pero tú nunca fuiste joven, Arutha.

Arutha se vio forzado a reír ante el comentario.

—Tienes razón. Siempre fui de los serios.

—Todavía lo eres.

Amos se volvió para marcharse.

—¿Vas a casarte con la madre de Anita? —le preguntó Arutha.

Amos se giró, sorprendido. Luego puso los puños a la altura de las caderas y sonrió.

—De acuerdo. ¿Con quién has estado hablando?

—Anita —respondió Arutha—. Y ella ha estado hablando con Alicia. El palacio lleva años lleno de rumores sobre vosotros dos: el almirante y la princesa viuda. Tienes el rango apropiado, y la dignidad. Si necesitas otro título, puedo arreglarlo con Lyam.

Amos levantó una mano.

—No. El rango no tiene nada que ver con esto. —Bajó la voz—. He llevado una vida peligrosa, Arutha. Y cada vez que embarco, no hay garantías de que vaya a volver. Puedo ser un hombre cruel, y nunca tanto como cuando estoy en el mar. Siempre hay una posibilidad de que me maten allí fuera.

—¿Estás pensando en retirarte?

Amos asintió.

—Desde los doce años he vivido en barcos, con la excepción de esas escaramuzas que organizamos tú y yo junto con Guy du Bas-Tyra durante la guerra de la Fractura. Si voy a casarme, prefiero quedarme en casa con mi mujer, muchas gracias.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Es una decisión difícil. Tú has visto algo de lo que puede hacer el mar —respondió Amos. Los dos recordaban su primer viaje juntos, cuando navegaron los estrechos de la Oscuridad un invierno muchos años atrás. Arutha cambió a raíz de aquel viaje, porque no solo se había enfrentado a la muerte y había sobrevivido, sino que había vuelto a Krondor y había conocido a su amada Anita. Amos continuó—: Es difícil dejar el mar. Quizá un último viaje.

—Martin ha solicitado ayuda para preparar la nueva guarnición de Barran, en la costa de Crydee —dijo Arutha—. El *Águila Real* está anclado en el puerto, listo para zarpar con armas y provisiones suficientes como para abastecer a doscientos hombres y caballos durante un año. ¿Por qué no vas como capitán? Puedes llevar a Nicholas a Crydee, continuar costa arriba hasta la guarnición, y luego visitar a Martin y a Briana durante un tiempo antes de volver.

Amos sonrió.

—Un último viaje, de vuelta al comienzo donde empezó mi maldita suerte.

—¿Maldita suerte? —preguntó Arutha.

—Por conocerte a ti, Arutha. Desde que te conozco insistes en arruinar mi diversión de todas las maneras que se te ocurren.

Era una vieja broma entre los dos.

—Te ha ido muy bien para ser un pirata impenitente.

Amos se encogió de hombros.

—Bueno, lo he hecho lo mejor que he podido.

—Vete a cortejar a tu dama —animó Arutha—. Yo voy a reunirme con la mía enseguida.

Amos dio un par de palmadas a Arutha en la espalda, se volvió y se marchó. Una vez solo, Arutha siguió observando las lejanas luces del puerto, con la mente perdida en pensamientos y recuerdos.

El repaso a sus memorias se vio interrumpido por una presencia inesperada a su lado. Se giró para encontrar al pequeño y extraño isalaní de pie junto a él, observando la ciudad a los lejos.

—Necesitaba un momento contigo —dijo Nakor.

—¿Cómo has pasado a través de la guardia? —inquirió Arutha.

Nakor se encogió de hombros

—Ha sido fácil —fue todo lo que dijo. Después, fijó sus ojos en la superficie del agua, como si viera algo en la lejanía—. Vas a mandar a tu hijo a un largo viaje.

Los ojos de Arutha se agrandaron por la sorpresa, y finalmente se clavaron en el isalaní.

—¿Qué eres? ¿Vidente, profeta, mago?

Nakor se encogió de hombros.

—Un jugador. —Sacó de la nada una baraja de cartas y dijo—: Así es como consigo dinero la mayoría de las veces. —Torció la muñeca y la baraja desapareció—. Pero a veces veo cosas. —Guardó silencio durante unos segundos, luego dijo—: Años atrás, cuando conocí a Borric, su personalidad me atrajo; por eso, cuando nos hicimos amigos, me quedé con él.

Hizo una pausa, y sin pedir permiso alguno, saltó para sentarse sobre las piedras de la baranda, cruzando las piernas. Mirando hacia el príncipe, dijo:

—Hay muchas cosas que no se pueden explicar, príncipe. Por qué sé cosas y puedo hacer eso que yo llamo mis trucos. Pero confío en mis dones. Estoy aquí para que tu hijo siga vivo.

Arutha sacudió la cabeza, un pequeño gesto de negación.

—¿Vivo?

—Va hacia el peligro.

—¿Qué peligro?

Nakor se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Y si no lo dejas marchar? —inquirió Arutha.

—No puedes hacer nada. —Nakor negó con la cabeza—. No, me he expresado mal. No debes hacer nada.

—¿Por qué?

Nakor suspiró y su sonrisa desapareció.

—Hace mucho tiempo conocí a tu amigo James. Dijo cosas sobre ti y tu vida, y sobre las cosas que hizo para ganarse tu favor. Habló de un hombre que ha visto cosas.

Arutha imitó el suspiró de Nakor.

—He visto a hombres muertos levantarse y seguir matando, he visto magia extraña; he conocido a hombres nacidos en otros mundos. He hablado con los dragones y he visto cómo cosas inimaginables se hacían realidad.

—Entonces confía en mí. Has tomado una decisión. No cambies de idea. Pero deja que Ghuda y yo acompañemos a tu hijo —aconsejó Nakor.

—¿Por qué Ghuda?

—Para mantenerme vivo a mí —dijo Nakor, y la sonrisa reapareció.

—Borric dijo que eras mago.

Nakor se encogió de hombros.

—A veces sirve a mi propósito dejar que la gente lo piense. Tu amigo Pug sabía que la magia no existe.

—¿Conoces a Pug?

—No. Pero ya era famoso antes de que yo conociera a Borric. Ha hecho muchas cosas asombrosas. Y durante un tiempo, viví en Stardock.

Los ojos de Arutha se estrecharon.

—Hace una docena de años que no lo veo, y nos han llegado noticias de que se ha mudado a la Isla del Hechicero para mantenerse alejado de sus antiguos amigos. He hecho honor a sus deseos.

Nakor se dejó caer del muro.

—Pues es hora de ignorarlos. Vamos a necesitar verlo. Dile a tu capitán que tendremos que parar allí en nuestro camino hacia el oeste.

—¿Sabes a dónde envió a Nicholas?

Nakor negó con la cabeza.

—Solo sé que cuando he visto a Ghuda otra vez, tras todos estos años, estaba sentado observando el atardecer. Entonces supe que, eventualmente, viajaríamos juntos hacia el oeste, hacia el atardecer. —Nakor bostezó—. Ahora me voy a dormir, príncipe.

Arutha simplemente hizo un gesto de asentimiento hacia el hombrecillo que abandonaba la terraza para retirarse a sus aposentos. El príncipe de Krondor guardó silencio durante un largo rato, apoyado contra la baranda, mientras pensaba en lo que se había dicho. Las palabras de Nakor resonaban en su cabeza mientras intentaba desentrañar la conversación.

Sabía una cosa, tan bien como conocía el latido de su propio corazón: de todas las personas a las que amaba, Nicholas sería el menos capaz de cuidar de sí mismo si tuviera que viajar hacia el peligro. Pasaron muchas horas antes de que Arutha decidiera irse a la cama.